

CATOLICISMO Y MODERNISMO EN LA CONCIENCIA IBEROAMERICANA

1. *Conciencia marginal*

La América Ibera, a diferencia de la Sajona,¹ entra en el llamado Mundo Moderno con la atormentada conciencia de estar formada por un grupo de pueblos al margen de la Historia. Entendiendo por tal el conjunto de hechos realizados por los pueblos que en Europa, y más tarde en Norteamérica, han dado origen a la llamada Cultura Occidental. Cultura que encuentra su sentido en la llamada Modernidad en oposición a lo que se ha llamado Cristianidad. Esta conciencia se hace patente tanto en la Península Ibérica como en los pueblos por ella colonizados en América. Tanto la Península como la América Ibérica realizarán numerosos esfuerzos por incorporarse a esa Historia en la cual sienten que no han participado; por incorporarse a un Mundo del cual se sienten excluidas. El español y el portugués, el hispanoamericano y el brasileño, tienen la conciencia de que algo les separa del Mundo Occidental a pesar de los esfuerzos que han realizado por incorporarse a él. Tanto los movimientos liberales en la Península, como los que se realizan en Iberoamérica, tienen su explicación en este afán de incorporación al Occidente.² El siglo XIX hispanoamericano lo forma la historia de estos esfuerzos los cuales se encuentran llenos de lamentaciones por las dificultades con que tropiezan.³ En España, el movimiento cultural que habrá de dar origen a la Segunda República, se haya también animado por ese anhelo de incorporación a Europa, entendiéndose por tal a la Europa formada por los pueblos que han dado origen a las ciencias e instituciones políticas modernas.⁴ Aquí se quiere romper con la línea fronteriza que parecen marcar los Pirineos.

En la actualidad, diversos estudiosos de la Cultura Iberoamericana van tomando conciencia clara de la situación marginal de la misma respecto al Mundo Occidental y aceptando la situación de sus pueblos como puente entre este mundo y el formado por pueblos no occidentales. Sergio Buarque

¹ Este trabajo, como el publicado en el número anterior de *Diánoia*, "El puritanismo en la conciencia norteamericana", es resumen de una parte del libro en preparación que llevará como título el de *América en la Historia*.

² La unidad de estos esfuerzos la han hecho patentes en nuestros días varios de los más destacados "transerrados" hispanos como Joaquín Xirau, José Gaos, Eugenio Ímaz y otros más.

³ Cf. mi libro, *Dos etapas del pensamiento en Hispanoamérica*, El Colegio de México, 1949.

⁴ Ortega y Gasset habla de "europeización de España", siguiendo en esto una corriente que se hace claramente patente en el siglo XIX con Costa y luego con los "krausistas" hispanos.

de Holanda tiene clara conciencia de esta situación marginal y de las ventajas de la misma cuando analiza la situación del Brasil en relación con la Cultura Europea. Situación marginal frente a Europa; pero al mismo tiempo puente entre ella y otras expresiones culturales no europeas. Situación que ha permitido, tanto al Brasil como a la América Hispana, adaptarse a la realidad que le ha tocado en suerte asimilando expresiones de culturas situadas muchas veces en las antípodas de la europea. Capacidad de asimilación y mestizaje que Iberoamérica ha heredado de España y Portugal. Pueblos, ambos, en contacto con otras razas, pueblos y culturas diversos. Pueblos templados en estos contactos y predispuestos siempre a la asimilación. Tanto portugueses como españoles son ya, antes del descubrimiento y colonización de América, pueblos mestizos. "España y Portugal son, como Rusia y los países balcánicos [y en cierto sentido, aunque muy especial, también Inglaterra] —dice Buarque de Holanda—, unos de los territorios-puentes por los cuales Europa se comunica con los otros mundos. Así, ellos constituyen una zona fronteriza, de transición, menos cargada por lo tanto de ese europeísmo que, no obstante, conservan como un patrimonio."⁵ Este territorio está cargado de una cierta peculiaridad que no va a ser abandonada cuando estos pueblos den origen a otros en la América. Peculiaridades que distinguen ya a la Península "de la Europa de allende los Pirineos, la Europa que nació del Imperio de Carlomagno" dice Buarque de Holanda. Peculiaridades que hacen decir a Américo Castro al comparar a España con la Europa del otro lado de los Pirineos: "España era una porción de Europa, en estrecho contacto con ella, en continuo trueque de influjos. En un modo u otro, España nunca estuvo ausente de Europa, y sin embargo, su fisonomía fué siempre peculiar." Pero de una peculiaridad muy especial; con una peculiaridad que la hace diversa de Europa. "No con la peculiaridad que caracteriza a Inglaterra respecto de Francia, o a ésta respecto de Alemania u Holanda."⁶ Peculiaridad que habrá de ser vista por iberos e iberoamericanos con signos negativos. En esta peculiaridad verán, los hombres, empeñados en transformar al Mundo Ibero en una parte del Mundo Moderno, la fuente de todos los fracasos e incapacidades. De allí los esfuerzos de la generación que en Iberoamérica en el siglo XIX se empeñó en lo que llamó "emancipación mental" de sus respectivos países.⁷ Esta emancipación tenía por objeto librar a sus pueblos de esos "hábitos" y "costumbres" que habiéndolo sido adquiridos en la Colonia significaban un obstáculo para la adquisición del espíritu que había hecho posible la Cultura Moderna, Europea u Occidental. Pugna contra un pasado que no se aceptaba como propio. Pugna en la cual los países hispanoamericanos representaron la actitud extremista, revolucionaria y radical. El

⁵ Sergio Buarque de Holanda, *Raíces del Brasil*, Fondo de Cultura Económica, México, 1945; pág. 9.

⁶ Américo Castro, *España en su Historia*, Losada, Buenos Aires, 1948; pág. 18.

⁷ Cf. mi libro ya citado.

Brasil, más "práctico", tomó, en este aspecto, una actitud más moderada, aceptando las circunstancias que le habían tocado en suerte con un espíritu realista. Realismo que le ha llevado también, como a Hispanoamérica, a transformar sus circunstancias, pero sin violencias revolucionarias, sin actitudes radicales o extremistas.⁸

En Hispanoamérica la conciencia de las peculiaridades que le son propias, en contraposición con las de los pueblos que representan el Mundo Moderno, se ha expresado en ese sentimiento de inferioridad analizado por varios de los estudiosos de nuestra psicología.⁹ Sentimiento que ha llevado a sus individuos a considerarse fuera de toda cultura o historia. Individuos que se sienten al margen, inclusive, de la Humanidad. Esto es, con una humanidad regateada, puesta a discusión. Alfonso Reyes nos ha hablado ya de estos hombres y su sentimiento.¹⁰ Recientemente ha aparecido un libro que expresa en alto grado el mismo sentimiento aunque termine aceptando la asunción de una realidad que no puede ya ser eludida. De acuerdo con este punto de vista, América no es sino un destierro del recinto de la Historia. El americano un expulsado del ámbito del espíritu. "Porque América —dice A. H. Murena, autor del libro referido— es el alma europea expulsada del antiquísimo recinto de la historia. . ." "Los americanos somos los parias del mundo, como hez de la tierra, somos los más miserables entre los miserables, somos unos desposeídos." Los americanos, agrega, "no tenemos historia, no tenemos padre". "En un tiempo habitábamos en una tierra fecundada por el espíritu, que se llamaba Europa, y de pronto fuimos expulsados de ella, caímos en otra tierra en bruto, vacua de espíritu, a la que dimos en llamar América." "Dé poder ser todo lo que el hombre es, hemos pasado a no poder ser casi ni siquiera hombres. De la semilla sembrada en buena tierra, nos hemos convertido en la semilla que cayó entre espinas."¹¹ La conciencia de este destierro, de este estar aparte o al margen de la Historia, se hace aun más aguda en el ejemplo presentado, por ser éste la expresión de un criollismo más reciente: el surgido en la Argentina a fines del siglo XIX con la política de "Poblar es gobernar". Política que llevó a esta nación numerosos emigrantes europeos, cuyos hijos o nietos se sienten ahora expulsados del recinto de la Cultura Europea. Sin embargo, es éste un sentimiento que en una forma o en otra se dejó sentir en Hispanoamérica poco tiempo después de haber alcanzado su emancipación política de España.

⁸ Cf. Cruz Costa, *O desenvolvimento da filosofia no Brasil no Século XIX e a evolução histórica nacional*, São Paulo, 1950.

⁹ Cf. Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*, Espasa Calpe, Buenos Aires, 1952.

¹⁰ Cf. Alfonso Reyes, *Última Tule*, Imprenta Universitaria, México, 1942.

¹¹ H. A. Murena, *El pecado original de América*, Sur, Buenos Aires, 1954.

2. Peculiaridades ibéricas

¿Cuáles son esas peculiaridades que han hecho a los iberoamericanos sentirse al margen de la Historia? Comparando la Europa de allende los Pirineos con la Península Ibérica, Sergio Buarque de Holanda dice que tal comparación "pone de relieve una característica bien peculiar a los habitantes de la península ibérica, una característica que está lejos de compartir, por lo menos en la misma intensidad, con cualquiera de sus vecinos del continente. Y es que ninguno de esos vecinos sabe desarrollar a tal extremo ese cultivo de la personalidad que parece constituir el rasgo más decisivo en la evolución de la gente hispánica, desde tiempos inmemoriales". Puede decirse realmente, agrega, que esa peculiaridad descansa en "la especial importancia que atribuyen al valor propio de la persona humana" y en "la autonomía de cada uno de sus hombres en relación con sus semejantes en el tiempo y en el espacio". Existe una especial independencia frente a la comunidad que hace que sus individuos se sientan capaces de prescindir de los demás. El concepto que mejor expresa este sentimiento se hace patente en la palabra española "arrogancia". Índice de lucha y emulación; pero también fuente de flaquezas. "A esto se debe, en gran parte —agrega Buarque de Holanda— la singular flaqueza de las formas de organización que impliquen solidaridad y orden entre dichos pueblos. En una tierra donde todos son barones no es posible llegar a un acuerdo colectivo duradero, a no ser por medio de una fuerza exterior respetable y temida." Muchos de los episodios más singulares "de la historia de las naciones hispánicas, incluyendo entre ellas a Portugal y Brasil", vienen a ser fruto de la debilidad de la estructura social y la falta de jerarquía organizada en estos países. En estos lugares, concluye diciendo Buarque de Holanda, los elementos anárquicos fructificaron fácilmente, contando "con la complicidad o la indolencia de las instituciones y de las costumbres".¹²

Esta preocupación señorial llevó también a los iberos a despreciar toda ocupación que no significase el engrandecimiento de su personalidad con independencia de su situación material. La materia no puede ser sino instrumento para la realización de acciones más altas. Apoyar la grandeza del individuo en la riqueza material es rebajar esta grandeza. Ya en el siglo xv, dice Américo Castro, Fernando de la Torre, en un documento confidencial que éste dirigió a Enrique IV de Castilla en 1455, mostraba estas peculiaridades propias del alma ibera y la forma de encausarlas. Castilla, decía de la Torre, posee tierra fértil y hombres con ánimo fuerte y magnífico para las empresas bélicas. Los hombres de estas tierras son inhábiles para la técnica; pero esta inhabilidad proviene de que les basta la riqueza de sus tierras. El hispano no quiere, en un sentido material, más de lo que necesita para sufra-

¹² S. Buarque de Holanda, *op. cit.*, pág. 9 sigs.

gar sus necesidades más inmediatas y cotidianas. Resueltas éstas, su acción se orienta hacia otros campos. Fernando de la Torre es consciente de esta incapacidad del hispano para la técnica y lo achaca a la riqueza de la tierra que le da más que suficiente para resolver sus problemas materiales. No tiene porque ingeniarse en obtener más riqueza material que la que la tierra le da naturalmente. La fertilidad de la tierra, les hace en cierta manera, dice, “ser orgullosos y haraganes y no tanto ingeniosos ni trabajadores”.¹³ Se trata de hombres que no tienen necesidad de acumular riqueza, que no han hecho de esta riqueza material un fin. De la Torre no ve, por esto, en la incapacidad técnica de los castellanos, que lo será también de todos los iberos, un defecto. Como defectos los empiezan ya a juzgar otros pueblos europeos. Pero el ibero no los ve así. Todo lo contrario. Ese desprecio por la técnica que sólo sirve para alcanzar más de lo necesario, no es sino índice de que el ibero está llamado a realizar obras más altas que las materiales. Por ello De la Torre, dice Américo Castro, no es un crítico pesimista de esas peculiaridades hispanas. “Si España no es grande por su habilidad y riqueza industrial y comercial, lo es en cambio por su ánimo de grandeza.”¹⁴ De estas tierras han salido grandes hombres, “de ella nacieron —dice De la Torre— hombres que fueron emperadores de Roma, y non uno, mas siete; y aun en nuestros tiempos avemos visto en Italia y en Francia, y en otras muchas partes, muy grandes y valientes capitanes”.¹⁵ Se trata de hombres con un sentido imperial, de hombres que anhelan la inmortalidad de que hablaba Jorge Manrique. Hombres de hazañas, de glorias; hombres para los cuales lo material es vil instrumento. La tierra fértil era más que suficiente para que el hombre pudiese entregarse a otras tareas. Lo otro, la técnica y el comercio, no hacían sino envolver al hombre en fines que terminaban por serle ajenos. “El tráfico comercial —dice Américo Castro—. . . , desarraiga al hombre de la propia tierra, lo desintegraliza, lo aleja de la naturaleza y lo hace incurrir en el fraude.”¹⁶ “El español cristiano, ya en la Edad Media, desdeñaba la labor mecánica, racional y sin misterio, sin fondo de eternidad que la trascendiera.”¹⁷ Trabajar la tierra hacía al hombre apto para sus otras actividades, las que el ibero se había asignado en su afán de grandeza. Juan Ginés de Sepúlveda habla de esto cuando dice que la agricultura es “trabajo muy honesto y próximo a la naturaleza, que suele endurecer el ánimo y el cuerpo, y prepararlos para el trabajo y para la guerra: hasta tal punto que los antiguos prefirieron la labor del campo a los negocios, y los romanos sacaron de la arriega a muchos cónsules y dictadores”.¹⁸ El descubrimiento y conquista de América, daría a estos hombres, no sólo nuevas y fértiles tierras, sino también los hombres que

¹³ Citado por Américo Castro, *op. cit.*, pág. 31.

¹⁴ A. Castro, *op. cit.*, pág. 31.

¹⁵ A. Castro, *op. cit.*, pág. 31.

¹⁶ A. Castro, *op. cit.*, pág. 35.

¹⁷ A. Castro, *op. cit.*, pág. 37.

¹⁸ *de appetenda gloria*, citado por A. Castro, *op. cit.*, pág. 36.

habrían de encargarse de hacerlas dar frutos: el ibero podía entregarse ahora a su más alta misión. Una misión en que habría de fracasar, como veremos más adelante.

Sobre la repugnancia que sintió el ibero hacia un trabajo que implicase el sometimiento de los fines del individuo, nos habla también Sergio Buarque de Holanda. Estos pueblos, dice, sintieron siempre una repugnancia invencible a "toda moral basada en el culto al trabajo". "La acción sobre las cosas, sobre el universo material, implica sumisión a un objeto exterior, aceptación de una ley extraña al individuo. Ésta no es exigida por Dios, no acrecienta en nada su gloria, ni aumenta nuestra dignidad. Puede decirse que, por el contrario, la perjudica y envilece. El trabajo manual y mecánico busca un fin exterior al hombre y pretende conseguir la perfección de una obra distinta de él." "De esta manera se comprende que jamás haya enraizado entre la gente hispánica la moderna religión del trabajo y el aprecio por la actividad utilitaria. Una ociosidad digna fue siempre mejor o más ennobecedora a los ojos de un buen portugués o de un español, que la ardua lucha por el pan de cada día. Lo que ambos admiran como ideal es una vida de gran señor, que excluye cualquier preocupación, cualquier esfuerzo."¹⁹ Así, la solidaridad propia de los pueblos sajones, la que une a los individuos en tareas materiales comunes, no se realiza entre los iberos. La solidaridad ibérica se da en otro plano que el del trabajo común. La solidaridad la puede dar una determinada misión, la lealtad a fines que trascienden al propio individuo, o la simple lealtad a grupos en los que las relaciones son concretas: de parentesco o de amistad. La "solidaridad sólo existe —dice Buarque de Holanda—. . . donde hay una vinculación de sentimientos, más que relaciones de intereses —en el hogar o entre amigos. Círculos forzosamente restringidos, particularistas y más bien enemigos que favorecedores de las asociaciones establecidas sobre un plano más amplio, gremial o nacional".²⁰

La idea de sociedad, propia del mundo moderno, va a ser prácticamente ajena a estos grupos. El ibero parece no conceder importancia a los supuestos pactos sociales de que hablarán los filósofos sociales modernos. Se trata de pactos demasiado abstractos, pactos entre entidades inexistentes, salvo como símbolo. El simbolismo moderno parece también repugnar al ibero. Él prefiere las relaciones concretas: consanguíneas o de amistad. Las sociedades anónimas no le dicen nada. Es más bien partidario de las comunidades cuya amplitud dependerá de la concreción de esas relaciones entre los miembros que las forman. Comunidades estrechas, reducidas a un círculo familiar o de amigos; o bien comunidades amplias, las propias de un imperio en el que todos forman parte concreta y esencial del mismo. Comunidades en las cuales cada individuo se sabe parte insustituible, personal, única de las mismas. Comunidades en las que nadie está de más, en las que ninguno es número que se

¹⁹ *op. cit.*, pág. 17 sig.

²⁰ *op. cit.*, pág. 18.

sume o reste. Comunidades en las que cada uno es la comunidad concreta. Dentro de este sentido de comunidad, el ibero puede darse íntegro, pleno, con su vida y bienes, sin pestañear un segundo; pues sabe que con esta renuncia no rebaja o destruye su personalidad, sino la aumenta y la afirma. A cambio de esta renuncia recibirá el honor, la fama, la posteridad en la comunidad de la cual es ahora parte concreta, parte ligada con todos y cada uno de sus miembros; ligada tan íntima y concretamente como lo puede estar el padre, el hijo o el amigo más cercano. “La autarquía del individuo —dice Buarque de Holanda—, la exaltación extremada de la personalidad, pasión fundamental y que no tolera compromisos, sólo admite una alternativa: el renunciamento a esa misma personalidad en vista de un bien mayor. Por lo mismo que es rara y difícil, la obediencia aparece algunas veces ante los pueblos ibéricos como una virtud suprema entre todas. Y no es extraño que dicha obediencia —obediencia ciega y que difiere hondamente de los principios medievales y feudales de lealtad— haya sido hasta ahora, para ellos, el único principio político verdaderamente fuerte. La voluntad de mandar y la disposición para cumplir órdenes le son igualmente peculiares.”²¹

De la amplitud o estrechez de este sentimiento de comunidad habrá de depender la capacidad de acción del ibero. Hubo un momento, en el siglo XVI, en que este sentimiento creció hasta abarcar todo el orbe. Un orbe que el Descubrimiento de América por España y la vuelta al mundo realizada por los portugueses dio a los iberos la conciencia de una alta misión. Por un momento la idea de formar un grupo de hombres destinados a unificar el orbe, dentro de una gran comunidad cristiana, anima a estos pueblos. Idea que se afianza con el Descubrimiento de América y los viajes de circunnavegación. La Providencia parece destinar a los pueblos iberos a ser los organizadores de la nueva ecumene. Cada ibero se siente parte esencial de esta misión y se apresta a cumplir su destino. Pero sobreviene el fracaso y, con el fracaso, el angostamiento de la comunidad. El Imperio se va convirtiendo en un regionalismo, los intereses se van reduciendo hasta limitarse a los más mediatos. La comunidad ibera se divide y subdivide en pequeños núcleos, cada vez más reducidos, de intereses comunes. Los intereses regionales suceden a los de la gran comunidad ibérica. Las familias, los cuerpos, las castas y los individuos concretos tienen ahora más importancia que la gran comunidad. El Imperio Español se divide en múltiples repúblicas con intereses locales. Repúblicas que a su vez están divididas en partidos que no son más que expresión de intereses limitados, por lo concreto.²² Lo que pudo ser una gran familia ibérica se transforma en un conjunto de familias tratando cada una de predominar sobre la otra. Sólo los caudillos, los hombres fuertes, los donadores de privilegios, pueden establecer el orden amenazado siempre por la

²¹ *op. cit.*, pág. 18.

²² José María Luis Mora habla de los intereses de “cuerpo”, como intereses que limitan una visión nacional. Cf. mi libro ya citado.

anarquía. Cercenado el ideal de una comunidad más amplia que la familiar o regional, el ibero se conforma con privilegios que le permitan vivir al día, sin preocupaciones mediatas, sin importarle un mañana que no tiene ya sentido, una vez que carece del resorte de una misión por realizar. Vano será el esfuerzo de los reformadores que surgen en el siglo *xxx* por incorporar a los pueblos ibéricos en un mundo movido por otros resortes. El progreso como acumulación de bienes materiales sin fin, no tiene sentido para estos hombres.²³ Les bastará siempre la posesión de una buena tierra y el dominio sobre hombres que se las trabajen. Mantienen su independencia frente al mundo material; pero no saben qué hacer con esta independencia. La independencia pura, sin otro fin, se transforma fácilmente en anarquía. La obediencia nacida de la conciencia del fin perseguido, se relaja y sólo logra imponerse la obediencia impuesta por el más fuerte. "Las dictaduras y el Santo Oficio —dice Buarque de Holanda— parecen constituir formas tan típicas de su carácter como la inclinación a la anarquía y al desorden."²⁴ Orden siempre expuesto al desorden. Unidad obligada siempre al borde de la anarquía.

El siglo *xxx* no verá del mundo ibérico sino el resultado de ese fracaso: caudillaje, dictaduras, anarquía, incapacidad técnica. Un mundo que no cumplía con su misión dentro de la marcha del progreso. Un mundo fuera de la historia y la cultura. Entendiendo por éstas las expresiones propias del mundo moderno u occidental. Éste fue el punto de vista de los pueblos anglosajones que a estas alturas se habían transformado en pioneros del progreso. Éste también será el punto de vista de los iberos e iberoamericanos empeñados en recuperar el tiempo perdido tratando de poner a su mundo a la altura que señalaban los nuevos tiempos. Tarea cada vez más urgente ante la expansión del mundo occidental, realizada a costa de los pueblos que habían permanecido fuera de su espíritu.²⁵ El mundo ibero sintió su incapacidad para adaptarse al nuevo mundo de otra forma que la subordinación. Para evitar esta subordinación los más alertas de sus hombres se entregaron a la tarea de reeducar a los iberoamericanos. Reeducación que implicaba la difícil, y casi imposible, tarea de arrancar a los iberos peculiaridades que le eran propias, para imponerle otras. El pasado se convirtió en lo negativo. La herencia ibera en lo que debería ser repudiado. El nombre de España, dice Bolívar en uno de sus papeles, será "excrado" dentro de cien años por todos los habitantes de América.²⁶ El pasado ibero iba a ser enjuiciado con vistas a esta urgente ne-

²³ Véase mi trabajo anterior, "El puritanismo en la conciencia norteamericana", *Diánoia*, 1955.

²⁴ *op. cit.*, pág. 19.

²⁵ El siglo *xxx* hace patente estos esfuerzos tanto en la Península como en el Continente Americano. España, Portugal y los países Iberoamericanos intentan incorporarse a un mundo frente al cual se sienten a la zaga. La expansión de éste hace ver la urgencia de esta incorporación asimilando sus valores y no simplemente como instrumento de ese mundo.

²⁶ Cf. mi libro ya citado.

cesidad de transformación de nuestros pueblos en pueblos pragmáticos. Pueblos capaces de resistir la expansión occidental representada en Europa por Inglaterra y en América por los Estados Unidos de Norteamérica. De acuerdo con este punto de vista el mundo ibérico se convirtió en lo más negativo de nuestra historia. Es más, en una historia que no queríamos aceptar como nuestra. "Tomando como criterio de juicio histórico el pragmatismo instrumentalista del siglo último —dice Américo Castro—, el pasado ibérico consistía en una serie de errores políticos y económicos, cuyos resultados fueron el fracaso y la decadencia, a los que escaparon otros pueblos europeos, libres de la exaltación bélico-religiosa, y de la ociosidad (?) contemplativa y señorial." Otras expresiones de este mismo mundo, apenas si serán vistas, "porque lo impide la conciencia de superioridad en los angloamericanos y el resentimiento de la mayoría de los hispanoamericanos, que hallan en el pasado colonial una fácil excusa para su presente debilidad política y económica. Y lo impide, además, la inconsciencia en que España vivió respecto de sí misma y de su pasado durante el siglo XIX, inconsciencia que no se compensa hoy con gestos retóricos de interesada política".²⁷

Tal es el punto de vista que ha hecho sentir a los iberoamericanos que están fuera de la historia, al margen de ella. Las peculiaridades ibéricas, sus propias peculiaridades, son vistas como la fuente de esta marginación. Sin embargo, ya en el siglo XIX, el mismo siglo en que se originó este sentimiento, hubo voces que mostraron el otro lado de la medalla del mundo ibérico rechazado. Una de estas voces fue la de Andrés Bello. Los males de que acusamos a este mundo, dice Bello, son males propios de todos los pueblos. "De estos males no debemos acusar a ninguna nación sino a la naturaleza del hombre." Respecto a las peculiaridades de carácter heredadas, es mucho lo que Iberoamérica debe a ellas en su afán de lucha por la libertad. "Jamás un pueblo profundamente envilecido, completamente anonadado, desnudo de todo sentimiento virtuoso, ha sido capaz de ejecutar los grandes hechos que ilustraron las campañas de los patriotas, los actos heroicos de abnegación, los sacrificios de todo género con que Chile y otras secciones americanas conquistaron su emancipación política." Este espíritu fue ibérico. "El que observe con ojos filosóficos la historia de nuestra lucha contra la metrópoli reconocerá sin dificultad que lo que nos ha hecho prevalecer es cabalmente el elemento ibérico. La nativa constancia española se ha estrellado contra sí misma en la ingénita constancia de los hijos de España." Las proezas iberoamericanas llevan el mismo espíritu que hizo posible las proezas de los españoles en Numancia y Zaragoza. En esta lucha es España quien lucha contra sí misma, venciendo en América el ideal de independencia y libertad contra la ciega obediencia sin sentido. "Los capitanes y las legiones veteranas de la Iberia trasatlántica fueron vencidos y humillados por los caudillos y los ejércitos im-

²⁷ Américo Castro, *op. cit.*, pág. 19.

provisados de otra Iberia joven que, adjurando en nombre, conservaba el aliento indomable de la antigua defensa de sus hogares." La mayor dificultad está en hacer de esta España otro mundo distinto. Renunciar a lo que se es para adoptar lo que se quiere ser. El espíritu de las naciones modernas, el espíritu propio de Occidente, es para Bello, algo ajeno, algo que tiene que adoptarse. Pero lo que no se tiene que adoptar, lo que se tiene ya como propio del alma ibera, era la magnanimidad, el heroísmo, la altivez "y generosa independencia".²⁸ Este espíritu es el que ha animado a los emancipadores políticos y mentales del mundo ibero para librarse de la otra cara de su medalla. Esa otra cara que, en cierta forma, estorbó lo que pareció ser la misión del Mundo Ibérico en el mismo momento en que nacía ese Mundo Moderno que ahora le hace sentirse a la zaga.

3. *Conciencia de una misión*

"El imperio español, fundado por Fernando e Isabel —dice Américo Castro—, no fue ningún feliz azar, sino la forma ensanchada del mismo vivir castellano en el momento en que adquiriría conciencia de sí frente a los restantes pueblos de Europa." A hombres que ya empezaban a admirar con sus proezas a los pueblos europeos del siglo xv sólo les faltaba un impulso para lanzarse a las mayores aventuras. "El valor impetuoso, como toda gran pasión, no se satisface con límites y fronteras, pues busca lo infinito en el espacio y en el tiempo, justamente lo contrario de lo que persigue la mente razonadora, que mide, que limita y concluye. Castilla, a mediados del siglo xv, se sentía segura de su valor y de su querer, y aspiraba nada menos que a un infinito poderío —Cítara y Ultramar. El imperialismo catalano-portugués en el Mediterráneo (siglos xiv y xv), el castellano y el portugués de los siglos xv y xvi fueron tareas en que se satisfacían voluntades indómitas, incapaces de modificar racionalmente el mundo natural en que se hallaban."²⁹ España en el siglo xv no esperaba sino el adalid que unificase voluntades y la señal sobrenatural de su destino. El adalid lo fue Carlos V, Rey de España y heredero del Imperio creado por Carlomagno en Europa. La señal lo fue el descubrimiento de América. España y Portugal se lanzaron a la gran aventura que la Providencia les deparaba. Los adalides se multiplicaron dispuestos a ensanchar el mundo ibero. Descubridores y conquistadores se lanzaron a todos los mares llevando sus banderas, las de su rey o emperador, y su religión, para aumentar tierras y vasallos. Con su ímpetu abrieron el camino a la expansión occidental que habrá de venir poco tiempo después arrollando, con mecánica precisión, a estos primeros adalides, arrancándoles sus conquistas o estrangulando sus vías de comunicación hasta desalojarlos y acorralarlos.

²⁸ *Investigaciones sobre la influencia de la Conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile*, Santiago de Chile, 1842.

²⁹ A. Castro, *op. cit.*, pág. 32.

Sin embargo, hubo antes algunos años, muy pocos, en el que el Mundo Ibérico pareció ser el llamado a imponer su visión del mundo a todo el orbe: la Cristiandad, o el Catolicismo entendido como universalidad. Pero es también el momento en que surge el mundo moderno con sus ideales de libertad de conciencia y crítica; con su ideal de renovación religiosa, de reforma. Ideal que también se ha hecho sentir en la España de Isabel la Católica con hombres como el Cardenal Cisneros y los iluminados españoles, y se hace sentir con los erasmistas españoles que aconsejan al joven emperador Carlos. El ideal de renovación religiosa va dividiendo a Europa en dos grandes facciones: papistas y reformistas. Los españoles, conscientes de su misión unificadora, se resisten a tomar partido en esta pugna y no aceptan otro papel que el de unificadores, aunque para ello sea necesario obligar al Papa y a Lutero Tal es el papel que asignan a su Emperador. Su misión es servir a la cristiandad por encima de cualquier otro interés, sea éste económico o político. Dentro de sus cálculos no entra ese espíritu moderno que ya se hace patente en Maquiavelo. Ese maquiavelismo practicado por Roma y por los príncipes alemanes que apoyan a Lutero. Tampoco entienden ese juego de equilibrio de potencias en que empeñan Francisco I de Francia y Enrique VIII de Inglaterra. Lo único que importa es la unidad cristiana por encima de los intereses de los estados nacionales y del mismo Vaticano que actúa como si fuese otro estado. Para lograr esta unificación, España pide ayuda para una nueva cruzada que expulse al turco de los Santos Lugares. Cruzada que tiene como fin dar un nuevo sentido de unidad a la Europa que empieza a dividirse en nacionalismos. Los hombres que habían expulsado a los moros de la Península, muy bien podían dirigir la batalla de toda la Europa unida en contra de los infieles.

Pero se va más lejos, la idea de unidad cristiana trasciende a la misma Europa. Europa, no tenía en realidad otra misión que llevar la fe en esta unidad a todos los pueblos, incluyendo, por supuesto, a los infieles turcos. Marcel Bataillon nos habla de este espíritu de unidad cristiana que se hacía sentir en muchas conciencias europeas, para transformarse en misión en las conciencias ibéricas. La inquietud mesiánica, dice, "nace del sentimiento agudo de una crisis gigantesca, crisis de desarrollo que se traduce en el sueño de una unidad cristiana que englobe al Islam convertido, crisis de conciencia que se expresa en violentas aspiraciones de reforma. Estos dos aspectos de la época no son disociables. También Savoranola, en sus vaticinios, había entrevisto una cristiandad renovada interiormente que había de convertir a turcos y a paganos sin ayuda de la espada. Muy pronto encontraremos en España misma este profetismo iluminado".³⁰ Este profetismo se inicia prácticamente en España con el Cardenal Cisneros que tiene ya la experiencia de la conversión de infieles con la Conquista de Granada. Sobre los conquistados

³⁰ Marcel Bataillon, *Erasmo y España*, Fondo de Cultura Económica, México, 1950; tomo I, pág. 68.

moros se inicia el sistema de evangelización que luego habrá de ser puesto en práctica entre los indígenas de América. El primer Arzobispo de Granada, Hernando de Talavera, aprende rudimentos de árabe y hace que su clero lo aprenda. Para hacerse comprender por los conquistados, no teme, dice Bataillon "parecer revolucionario". "Sus sermones evitan la sutileza dogmática para fundarse en el terreno liso y llano de la acción moral. Los entiende lo mismo una simple anciana que el hombre más sabio." "Lo que él procura es atraer el pueblo a la iglesia concediéndole participación más amplia en la liturgia: por eso reemplaza los responsos por cánticos piadosos apropiados a las lecciones y consigue de ese modo que los fieles acudan a maitines lo mismo que a misa. Se sirve del teatro religioso para conmover los corazones. No falta quien lance denuestos contra esta invasión de los templos por la lengua vulgar, pero él no hace caso."³¹ La reforma española, como con toda justeza la llama Marcel Bataillon, estará así movida por este afán misionero que se ha impuesto España. Se quiere reformar a la iglesia para hacerla más asequible a otros pueblos. España, en contacto permanente con otros pueblos, otras religiones y otras costumbres, sabe de la necesidad que hay de ser elástico para comprender y hacerse comprender por esos pueblos. Movida por un celo cristiano, que al extremarse se convertirá fácilmente en fanatismo, no está dispuesta a aceptar la coexistencia de otras religiones, tal y como los árabes lo habían hecho al permitir a cristianos y judíos libertad religiosa. A tanto como eso no está dispuesta España, pero sí a modificar, dentro de los límites debidos, su organización y liturgia religiosa, para hacerse asequible, fácil, a esos otros pueblos que están fuera del Cristianismo. De allí ese gran movimiento reformista que se inicia con Cisneros y se prolonga con los seguidores de la *Philosophia Christi* y el Jesuitismo en su primera etapa. Reforma cuya finalidad fue ampliar la Comunidad cristiana para incorporar a ella a otros pueblos sin discriminación racial o situación económica. Reforma bien distinta de la que triunfa en el resto de Europa, la cual culmina en el fortalecimiento de un individualismo casi absoluto. Un individualismo sin más límites que los estrictamente necesarios para una convivencia social, no comunal. De haber triunfado el sentido de la reforma española no habrían surgido las múltiples iglesias ni nacionalidades apoyadas en el espíritu de la reforma protestante. Reforma que no se realizó con fines a ampliar la comunidad cristiana, sino con el fin de fortalecer el espíritu crítico, personal, independiente, que dio origen al que ahora llamamos Mundo Occidental con todas sus cualidades y defectos.³² Dentro de este mundo nada puede hacer el individuo por incorporar a otros a la nueva ecumene. Es ésta una obra

³¹ *op. cit.*, tomo I, pág. 69. Compárese con el intento de evangelización Sajona en Norteamérica, en mi trabajo ya citado publicado en *Diánoia*, 1955. Cf. Juan A. Ortega y Medina, *El horizonte de la evangelización anglosajona en Norteamérica*. Tesis para doctorado, próxima publicación.

³² Cf. mi citado trabajo publicado en *Diánoia*, 1955.

personal, única, que cada individuo ha de realizar por sí y para sí. Si el individuo nada puede hacer por sí mismo, será inútil todo cuanto quieran hacer otros por él. A la Ciudad de Dios puritana se pertenece por predestinación; a la Civilización, por naturaleza. El ibero, no; éste no sólo creía que se podrían incorporar otros hombres y otros pueblos a la ecumene cristiana, sino que su papel era incorporarlos, aunque fuese a la fuerza. Para incorporarlos todo será válido. Las buenas como las malas armas serán siempre útiles para este fin de incorporación cristiana. "No importan los medios, lo que importan son los fines." Todos los hombres y naciones pueden ser salvados, aunque para ello a veces sea necesario el fuego. Así, junto a los medios persuasivos del carácter de los usados por el Arzobispo de Granada para atraer a los infieles, aparece ese otro instrumento que es todo lo opuesto de estos medios: la Inquisición.

El método anterior, el de la persuasión, resultaba demasiado lento para las pretensiones hispanas de evangelización universal. Por ello se recurre a otros métodos. "Todos quieren resultados más decisivos —dice Bataillon—, Cisneros, llamado a colaborar con Talavera, pone en práctica medios completamente diversos. Procura ganarse a la aristocracia morisca, hace presión sobre los alfaquíes, provoca conversiones en masa que suscitan una reacción violenta, quema libros musulmanes. Una rebelión le da pie para mandar revocar las concesiones hechas en los días de la conquista. Todo musulmán es considerado muy pronto como rebelde; y tal como había sucedido un siglo antes con los judíos, los conversos constituyen una masa inasimilada de 'cristianos nuevos' cuyo cristianismo es, con toda razón, bastante sospechoso. Entonces, más que nunca, la Inquisición, instituída para vigilar a los cristianos nuevos judaizantes, se hace un organismo esencial de la vida nacional."³³ Este aspecto, es el otro lado de la medalla del espíritu ibero que va a terminar invalidando la misión que se ha impuesto. La violencia como medio de incorporación a la comunidad cristiana terminará siendo un instrumento aislador que dará sus frutos pocos años después, durante el intransigente imperio de Felipe II. Imperio que se irá replegando ante la Europa Occidental que lo acorrará. De cualquier manera, el impulso inicial de España fue el establecimiento de un Imperio universal de cultura, en este caso la cultura cristiana. Imperio que, como todo lo humano, vendrá a ser exponente de las cualidades y defectos de los hombres que trataron de establecerlo. Imperio muy diverso del que habrá de establecer la Modernidad Europea, el Mundo Occidental.

4. *Dos imperialismos*

Mientras se gestaban en Europa las nacionalidades en que habrá de dividirse, España se presentaba como la campeona de la unidad europea, de la

³³ Bataillon, *op. cit.*, tomo I, pág. 69.

unidad cristiana. De esto son conscientes los europeos que sienten se está desbaratando la cristiandad. "Los hombres en quienes reside la conciencia de la época no pueden menos de volver a España miradas llenas de esperanza —dice Marcel Bataillon—. En efecto, la irremediable decadencia del Papado y del imperio deja intacta la exigencia ideal de unidad en una cristiandad destrozada. Y España es una de las fronteras en que la cristiandad lucha contra el Islam." "La idea de una cruzada se espiritualiza en una aspiración al reinado universal de Cristo. Esta idea de cruzada casi no mueve ya la política de los reyes. Sólo la monarquía española, animada aún por el empuje que acaba de reconquistar a Granada, le hace un lugar dentro de sus preocupaciones." España se siente llamada a realizar la cruzada e imponer el orden cristiano. Esta tarea, iniciada con la Conquista de Granada, "tiene que proseguirse con el aniquilamiento del Islam, la reconstrucción de la cristiandad de los primeros años, la reconquista de Jerusalén".³⁴ Tal es lo que propone el Arzobispo de Toledo a los Reyes Católicos. En 1506 Fernando decide pedir la ayuda de los reyes de Portugal y de Inglaterra. El primero es el que acepta el proyecto, indicando que de hecho ya realiza esta cruzada: "en las Indias busca las preciosas especias, pero también la gloria de Dios".³⁵ Los españoles también realizan ya algo semejante en las Indias descubiertas por Cristóbal Colón: se busca el oro y la gloria de Dios. El descubrimiento y conquista de nuevas tierras está animado a su vez, tanto entre portugueses como entre españoles, por la ambición de las especias y el oro, y el afán de llevar la cristiandad a estas tierras. Ambición y afán muchas veces en pugna, como lo demostraron las polémicas que en torno a la naturaleza de los indígenas se suscitaron en España. La ambición desenfrenada encontraba su freno en los evangelizadores que aspiraban a algo más que rescatar especias y oro. Hegel ha mostrado ya cómo el espíritu se sirve de las pasiones de los hombres para realizarse. En este caso la ambición ibérica servía de resorte a la misión evangelizadora que se había propuesto el Mundo Ibérico. La dificultad estaba en guardar el justo equilibrio entre los medios y los fines. La ambición sin límites conducía a la barbarie denunciada por misioneros como Las Casas. Pero el hecho es que siempre aparecían hombres como este Bartolomé de las Casas dispuestos a combatir y denunciar los abusos de la ambición; u hombres como Francisco de Vitoria concediendo a todos los hombres, cualesquiera que fuese su origen racial o cultural, el derecho a ser miembros de la Comunidad cristiana en el plano de absoluta igualdad.

Desde este punto de vista, la gran preocupación de España y Portugal en su expansión sobre el mundo, estuvo animada por el afán de incorporación de este mundo a la Comunidad Cristiana de la cual se consideraban campeonas. Preocupación expansiva muy distinta de la que iba a hacerse patente en la Europa del otro lado de los Pirineos, o Inglaterra, esto es, en el

³⁴ *op. cit.*, tomo I, pág. 65.

³⁵ *op. cit.*, tomo I, pág. 62.

Mundo Occidental en su expansión sobre el resto del mundo. La diversa preocupación en una y en otra expansión imperialista se hace patente en los resultados de las mismas. Arnold Toynbee se refiere a estas dos expresiones de imperialismo europeo sobre el resto del Mundo. El intento de los españoles y portugueses en el siglo xvi, dice, "llegó a tener cierto éxito en el nuevo mundo —las actuales comunidades latinoamericanas le deben su existencia— pero en otras partes la civilización occidental, en la forma en que fue propagada por españoles y portugueses, se vio rechazada al cabo de aproximadamente un siglo de prueba. La expulsión de los españoles y portugueses del Japón, y de los portugueses de Abisinia, en el segundo cuarto del siglo xvii, marcó el fracaso" de este intento. Otro intento "comenzó en el siglo xvii por obra de los holandeses, franceses e ingleses; estas tres naciones europeas occidentales fueron los principales autores del ascendiente mundial de que nuestra civilización occidental disfrutaba en 1914. Ingleses, franceses y holandeses poblaron Norteamérica, Sudáfrica y Australasia con nuevas naciones de cepa europea que comenzaron su vida con la herencia social de Occidente, y atrajeron dentro de la órbita europea al resto del mundo".³⁶ El diverso éxito de una y de otra expansión se deberá a la diversa intención que animaba a los pueblos que las realizaron.

La expansión ibérica llevaba, además de una intención política y económica, una intención cultural: incorporar a los pueblos conquistados a la Comunidad Cristiana. La expansión occidental, por el contrario, sólo aspiró a un predominio político y económico sin preocuparle grandemente su expansión cultural. Y es que en esto también se presentan dos puntos de vista sobre los hombres con los cuales se han encontrado unos y otros. La justificación de la expansión española y portuguesa en el siglo xvi la daba esa "mayor gloria de Dios" en el sentido de llevar la doctrina cristiana a otros hombres o pueblos. Lo importante para esta expansión no lo era tanto la tierra y los frutos de ella como los hombres que en ella se encontraban y podían ser incorporados. La expansión occidental del siglo xvii tiene otro sentido. Para ésta, como puede verse extremadamente en la justificación puritana,³⁷ la "mayor gloria de Dios" consistía en el mayor provecho que podría arrancarse a la tierra conquistada y colonizada. Para la mentalidad occidental lo importante era la tierra y los frutos que la misma podía otorgar. La misión del hombre era arrancar estos frutos, utilizarlos, aprovecharlos. De aquí su desprecio para hombres que no sabían sacar frutos a la tierra, aprovechándolos y acrecentándolos. La existencia de otros hombres carecía de sentido si se apartaban de esta misión de dominio sobre la naturaleza. Así, mientras a los iberos les preocupaba, centralmente, la incorporación de hombres a su comunidad, recurriendo a todas las medidas posibles, buenas o malas; los occi-

³⁶ A. Toynbee, "The Dwarf of Europe" en *Civilization on Trial*, Oxford University Press, New York, 1948; pág. 101.

³⁷ Cf. mi trabajo sobre Puritanismo en *Diánoia*, 1955.

dentales se preocupan especialmente por incorporarse tierras que produzcan buenos frutos; frutos para su inmediata utilización en provecho de sus naciones. A una expansión le importarán, principalmente, pueblos y naciones; a otra materias primas, la naturaleza como fuente de riqueza cuya acumulación ha de dar origen a los grandes capitalismo modernos.

La expansión ibera se orientará, así, a los centros más poblados del mundo para dominar y someter a los pueblos con los cuales se encuentran a la comunidad de la cual se consideran paladines. La expansión occidental no, ésta busca las tierras más ricas, más productivas, procurando no tener nada que ver con los habitantes que ellas se encuentren. Los iberos dan origen, así, a pueblos mestizos. Los occidentales no, éstos se cuidan de no mezclar su sangre con indígenas. Los conquistadores iberos tendrán éxito, como en América, en los lugares en que la resistencia cultural es débil y se presta más fácilmente a su asimilación mediante transposiciones como las realizadas por los misioneros entre los indígenas americanos. Fracasarán en pueblos, como los asiáticos, cuya cultura ha enraizado en tal forma que será casi imposible cambiarla. De aquí la persecución desatada en el Japón, en el siglo XVIII, contra la evangelización cristiana; el mismo Japón que más tarde aceptará la técnica occidental. En el Asia, fracasado el intento de incorporación cultural realizado por los iberos, los portugueses se conformarán con mantener un tipo de colonización semejante a la occidental. Esto es, colonización económica y política, frenando la cultural. La expansión occidental, por el contrario, tendrá éxito en todo el mundo porque la limitará a lo económico y político. Los lugares —como Norteamérica, Australia y Sudáfrica—, en que esta expansión es también cultural, son lugares donde los indígenas han sido exterminados o han sido acorralados en forma tal que no representan ningún peligro. El resto del mundo donde el exterminio fue imposible, se ha ignorado la existencia cultural de los indígenas, no viendo en ellos sino cosas también utilizables. A esta expansión poco o nada le ha preocupado la situación cultural de los indígenas, tan sólo su capacidad como proveedores de las materias primas buscadas.

“En la lucha por la existencia —dice Toynbee—, el Occidente ha acorralado a sus contemporáneos y los ha enredado en las mallas de su ascendiente económico y político, pero no los ha desarmado todavía de sus culturas originales.”³⁸ Ésta fue sólo intención de los países ibéricos que sólo triunfó en América. Asia y África resistieron a la cristianización, no así a la utilización que de sus hombres y tierras harían los occidentales a partir del siglo XVII. La incorporación cultural de los pueblos no occidentales a la cultura occidental, ni tan siquiera fue intentada por los pueblos que forman esta cultura. Y es que en sus habitantes no vieron otra cosa que utensilios o estorbos semejantes a los presentados por la naturaleza. Sobre esto habla Toynbee al de-

³⁸ *A Study of History*, Oxford University Press, London, 1935; tomo I, pág. 35.

cir: "Cuando nosotros los occidentales llamamos a ciertas gentes *indígenas*, borramos implícitamente el color cultural de nuestras percepciones de ellos. Son para nosotros algo así como árboles que caminaran, o como animales de la selva que infestaran el país. De hecho los vemos como parte de la flora y fauna local, y no como hombres con pasiones parejas a las nuestras; y viéndolos así como cosa subhumana, nos sentimos con título para tratarlos como si no poseyeran los derechos humanos usuales. Son únicamente indígenas de las tierras que ocupan, y ningún período de ocupación puede ser suficientemente largo como para hacerlos dueños de ellas por prescripción adquisitiva alguna. Su tenencia es tan provisional y precaria como la de los árboles de la selva que el *pioneer* occidental derriba o las piezas de caza mayor sobre las que dispara. ¿Y cómo tratarán los *civilizados* señores de la creación a las piezas humanas cuando a su debido tiempo acudan a tomar posesión de la tierra que, por derecho de dominio eminente es irrevocablemente suya? ¿Tratarán a estos *indígenas* como sabandijas por exterminarse, o como animales domesticables a los que convertirán en cortadores de leña y acarreadores de agua." "Todo está implícito en la palabra *indígenas*. . . El vocablo no es evidentemente un término científico, sino instrumento de acción; justificación *a priori* de un plan de campaña." "En suma, la palabra *indígenas* es un vidrio ahumado que los observadores occidentales contemporáneos se colocan ante los ojos cuando miran hacia el resto del mundo, a fin de que el halagador espectáculo de una superficie occidentalizada no vaya a ser turbado por percepción alguna de los fuegos *indígenas* que todavía arden bajo ella."³⁹

5. *El Imperio Cristiano*

El más puro ideal de imperio anhelado por los pueblos ibéricos como consecuencia de su vocación evangélica se hace patente en el siglo xvi en los llamados "*erasmistas*" españoles. Y digo llamados, porque son algo más que erasmistas. En realidad, el erasmismo no es para ellos otra cosa que un instrumento ideológico al servicio de la misión que el mundo ibérico se ha asignado. El espíritu de los erasmistas españoles es, en realidad, diverso del espíritu que animaba al propio Erasmo y a los erasmistas europeos. Erasmo y los erasmistas no hispanos, no son sino expresión del individualismo moderno en su forma más elevada. Ese individualismo que ha dado origen a las instituciones modernas que tienen como eje la libertad personal sin otra cortapiza que la libertad de los otros. Ideal de las democracias liberales modernas. Individualismo que es también la antítesis de ese otro individualismo, también moderno, que no es más que sinónimo de egoísmo. El individualismo moderno, como el sentido de comunidad ibero, tiene también sus dos caras: una positiva y otra negativa. Pues bien, el erasmismo europeo representaba la

³⁹ *op. cit.*, tomo I, págs. 152-3.

cara positiva del individualismo moderno, como el erasmismo español iba a presentar la cara positiva del sentimiento de comunidad cristiano. Por supuesto, Erasmo y los erasmistas europeos, aspiraban también a la unidad europea dentro del Cristianismo, a una unidad basada en la comprensión y el respeto mutuo. Se trataba de un cristianismo entendido como máxima expresión del humanismo. Todos los hombres ligados entre sí por reconocimiento mutuo de esta su naturaleza, por encima de cualquier peculiaridad. De aquí el respeto a esas peculiaridades, tan naturales al hombre. Por encima de estas peculiaridades estaba lo esencial al hombre, como la razón. Esa razón que iba también a ser el eje del humanismo moderno, igualando a todos los hombres. Dentro de este humanismo la comunidad es esencial al hombre; pero dando a esta comunidad el sentido de colaboración, de ayuda mutua, al servicio de la individualidad que es el valor central. En un erasmista como Tomás Moro se hará patente este ideal de comunidad humana basado en la conciencia y asentimiento personal de la misma. Ese asentimiento que sólo se puede dar a lo que es "claro y distinto", a lo que se puede comprender. Por ello en Utopía, ideal de comunidad de este erasmismo, hay "pocas leyes", pero "eficaces".⁴⁰ Aquí todos los individuos participan en los trabajos de la comunidad, en lo estrictamente necesario, para dedicar el resto de su tiempo a las ocupaciones más personales. "Los magistrados —dice Moro— jamás obligan a los ciudadanos contra su voluntad al ejercicio de tareas inútiles, pues las instituciones del Estado persiguen más que otro ninguno el siguiente fin: que los ciudadanos estén exentos de trabajo corporal el mayor tiempo posible, en cuanto las necesidades públicas lo permitan, y puedan dedicarse al libre cultivo de la inteligencia, por considerar que en esto estriba la felicidad de la vida."⁴¹ La comunidad al servicio de la individualidad. Es éste el mismo espíritu de comunidad individualista, o mejor dicho, de sociedad, el que animará, perfilándola más claramente, las ideas sociales de un Locke o un Rousseau que tienen como centro la voluntad de todos los individuos como fuente de la sociedad, la cual, a su vez, deberá estar al servicio del individuo. La otra cara de este individualismo se hará patente en un Maquiavelo o un Hobbes. En el primero la voluntad concreta, individual, se puede convertir en razón de estado; el estado como expresión de todas las voluntades se va transformando en una voluntad que trasciende a las voluntades concretas; voluntad, por supuesto, encarnada en un individuo que en nombre de tal voluntad justifica su acción. En el segundo, la sociedad es sólo un mal necesario, instrumento de protección mutua frente a la ferocidad del lobo que anida en todos los individuos. De esta protección carecerán los individuos que se encuentren fuera de la sociedad que ha originado el temor mutuo. Este individualismo será el que origine los nacionalismos agresivos que fácilmente se

⁴⁰ Tomás Moro, "Utopía", en *Utopías del Renacimiento*, Fondo de Cultura Económica, México, 1941; pág. 44.

⁴¹ *op. cit.*, pág. 63.

transformarán en imperialismos al servicio de una determinada sociedad o grupos sociales privilegiados. Imperialismos que no son sino ampliación de lo propio, intereses y privilegios, sin reconocimiento de los ajenos. El imperialismo moderno, la otra cara de la libertad y soberanía de los pueblos, igualmente modernas.

Los erasmistas españoles, por el contrario, aspiran centralmente a la unidad cristiana de Europa y del mundo. Se acepta la individualidad, pero no como fin en sí misma, sino al servicio de un fin más amplio, el de la comunidad cristiana. Una individualidad que se siente a sí misma ampliada dentro de esta comunidad. Por ello este individualismo puede sentirse parte de una comunidad sin sentir, por esto, rebajada su individualidad. Este sentimiento se hará patente en los erasmistas hispanos, varios de los cuales pudieron estar cerca de Carlos V para inspirarle la política que consideraban adecuada a la dividida Europa. Por encima de los nacientes nacionalismos y las pugnas religiosas, está la cristiandad. La restauración de esta cristiandad era la misión de España y, con España, la de cada español teniendo al frente a su Emperador. El espíritu conciliador de Erasmo va a ser adoptado para tratar de poner fin a la discordia. Pero en sus pretensiones irán más allá de los que se propusiera el humanista holandés. En ninguna parte de Europa va a prender con mayor fuerza el erasmismo que en España, pero este entusiasmo es ya índice de la interpretación que se le va a dar. Es sintomático que a pesar del entusiasmo que mueve Erasmo entre sus lectores hispanos, no haya hecho esfuerzos por visitar la Península rechazando, inclusive, más de una invitación. Para Erasmo, dice Bataillon, España "Era otra humanidad." "España era, a sus ojos de occidental, uno de esos países extraños en que la cristiandad entra en contacto con los semitas rebeldes al cristianismo y se mezcla con ellos." "Lejos de atraerle esa España que desconoce profundamente, más bien le repugna. Es quizá cosa de instinto."⁴² Acaso Erasmo presiente que hay allí otra concepción de la vida y del mundo dentro de la cual sus ideas sólo podrán ser un estímulo pero no un modelo. El Saco de Roma en 1527 mostrará la diversidad de opiniones entre Erasmo y los erasmistas hispanos.

La derrota del Papa es vista por los erasmistas hispanos como signo de la misión de España y de su Emperador: la unidad de Europa bajo el Imperio de Cristo. Es un signo de que Dios ha puesto en manos de España el destino de su Iglesia. Una Iglesia ahora dividida por pugnas que ni el Papa ni Lutero han podido derimir. Por ello, dice Bataillon, la fulminante victoria de los imperiales "contra el Papa habrá llevado hasta el paroxismo la fe de la minoría selecta de España en una reforma religiosa impuesta por el Emperador."⁴³ Los erasmistas hispanos, creen, como Erasmo, en la conciliación; pero creen en algo que ya no cree Erasmo, en que a veces será necesaria la violencia para llevar esta conciliación. El péndulo, propio del español, entre

⁴² Marcel Bataillon, *op. cit.*, tomo I, pág. 91.

⁴³ *op. cit.*, tomo I, pág. 262.

la paz y la guerra, se hace también patente en los conciliadores erasmistas. Luis Vives escribe a su amigo Févyn: "Se dice que gran número de enemigos se han conjurado contra Carlos. Pero ése es el destino de Carlos: no poder vencer sino enemigos en gran número, para que su victoria sea más sonada. Son, en realidad, decretos de Dios para hacer ver a los hombres cuán débiles son nuestras fuerzas contra su poder."⁴⁴ Carlos, y con él España, está destinado a llevar la comunidad cristiana a todos los pueblos; pero para ello será menester establecer antes la unidad europea. Dios ha ya dado muchos signos de este destino español. Destino que le pone por encima de todos los obstáculos y justifica todas las medidas encaminadas en este sentido. "En virtud de esta mística en que paz y guerra se entremezclan de modo tan extraño —dice Bataillon—, el Emperador aparece a sus fieles como instrumento de una voluntad divina más fuerte que todos los obstáculos y que el mismo Papa. La política imperial, a medida que se va haciendo más decididamente antiromana, hace suya la idea del Concilio y pretende rehacer la unidad cristiana por medio de una decisión justiciera que el Emperador victorioso sabrá imponer lo mismo al Papa que a los luteranos."⁴⁵ Desde este punto de vista los erasmistas hispanos se consideran discípulos del Erasmo que ha pugnado por esa conciliación de las iglesias dentro de la cristiandad. Pero no hay tal, Erasmo quiere la conciliación, pero no bajo el predominio de ningún pueblo o emperador. Erasmo "no sigue a Carlos V en su sueño de hegemonía universal: considera de mucho mayor precio la paz entre los príncipes cristianos que la victoria imperial".⁴⁶ Hombre moderno, prefiere el equilibrio de los príncipes o naciones que Europa va a adoptar como política. Estará más de acuerdo con la idea de Francisco I, sobre la soberanía nacional, que con la idea de unidad cristiana de Carlos V. La única unidad aceptable entre naciones o príncipes, será aquella que, a semejanza de la que debe regir entre individuos, tenga como base el acuerdo mutuo. Acuerdo que concilie todos los intereses. Los españoles no estarán conforme con este punto de vista, por encima de la diversidad de intereses particulares o nacionales está el interés de la cristiandad. Desde este punto de vista el Papa ha puesto sus intereses particulares por encima de los de la cristiandad, por ello ha sido vencido, derrotado. La voluntad de Dios se ha hecho patente. Alfonso de Valdés justifica el Saco de Roma en su *Diálogo de las cosas ocurridas en Roma*. Diálogo en que se enjuicia a Roma, una Roma cada vez más lejos de la Cristiandad. De aquí su derrota, una derrota necesaria para establecer la paz frente a las guerras que han desencadenado las ambiciones, los particularismos. Dios es el que ha permitido la violencia en Roma. De aquí ha de venir la unidad anhelada, la única paz posible. La paz en Cristo.⁴⁷ "Gracias a Valdés —dice

⁴⁴ *op. cit.*, tomo I, pág. 265.

⁴⁵ *op. cit.*, tomo I, pág. 265.

⁴⁶ *op. cit.*, tomo I, pág. 265.

⁴⁷ Una comparación entre los *Diálogos* de Valdés y la *Utopía* de Moro, mostraría el

Bataillon—, el Saco de Roma fue, para los españoles de aquella época, algo más que un espantoso escándalo, de que todos se apartaban con horror.” “Este acontecimiento, conocido así en todos sus detalles, lo aceptaron los españoles más instruidos como señal clara de una voluntad celestial, como anuncio de una renovación cristiana que acabaría con los yerros de Roma para volver a encontrar el espíritu del Evangelio.”⁴⁸

España se había erigido en campeona de una causa que estaba destinada al fracaso. El mundo marchaba por otro lado. Más importantes que todos los intereses iban a ser los intereses de los individuos. Más importantes que los intereses de la comunidad de todos los pueblos iban a ser los intereses concretos de estos pueblos. Francisco I iba a tener más razón con su idea de soberanía nacional que Carlos V con la de un imperio cristiano. Mientras éste se empeñaba en unificar a Europa y evangelizar los nuevos mundos descubiertos, Francisco I se empeñaba en engrandecer a Francia engrandeciéndose con ella. Mientras Carlos V predicaba una nueva cruzada contra los eternos enemigos de la cristiandad, los turcos; Francisco I, atendiendo a las razones de estado, a las necesidades de lo que iba a ser la nación francesa, se aliaba con Soliman para frenar a Carlos. La misma Roma, se preocupaba más por ser un poder político entre los nacientes poderes nacionales, que un poder espiritual. El Papa, piensa Valdés, está en la tierra para continuar a Cristo y encarnar el espíritu evangélico, no para ser un jefe de Estado y defender sus posesiones con las armas en la mano. “El señorío y autoridad de la Iglesia más consiste en hombres que en gobernación de ciudades.” “Si es necesario y provechoso que los Sumos Pontífices —agrega Valdés— tengan señorío temporal o no venlo ellos. Ciertamente, a mi parecer, más libremente podrían entender en las cosas espirituales si no se ocupasen de las temporales.”⁴⁹ Todo esto era cierto, pero nada valían estas razones frente a la marcha del mundo occidental que nacía en los mismos años en que España se empeñaba en rehacer la cristiandad. La historia iba por otro lado, dice Eugenio Ímaz: “Emancipación de Roma, atesoramiento de riquezas, nacionalismo; reforma, capitalismo y grandes potencias.”⁵⁰

En lugar de un Imperio se eligieron en Europa varias naciones; potencias se les llamará también, más adecuadamente. Potencias que extenderán su poder sobre pueblos más débiles. Potencias que entre sí se guardarán el respeto que sólo el temor a ser vencidas podrá mantener. De allí esa preocupación moderna por el equilibrio europeo basado en pactos y ligas, en anti-pactos y anti-ligas. Pactos y ligas que son fácilmente rotos cuando se tiene la seguridad de triunfar y avasallar al otro miembro de los mismos. Avasalla-

diverso espíritu de los unos y de los otros a pesar de ser ambos erasmistas. Sentido de comunidad en uno, sentido de sociedad e individualismo en el otro.

⁴⁸ Bataillon, *op. cit.*, tomo I, pág. 448.

⁴⁹ Cit., por Bataillon, tomo I, pág. 434.

⁵⁰ “Topía y Utopía”, en *Utopías del Renacimiento*, ed. cit., pág. xxii.

miento sobre los débiles y equilibrio frente a los fuertes. Nacionalismo que dará origen a otra forma de imperialismo. Imperialismo que no es sino ampliación de la soberanía de una nación a costa de otra u otras. Imperialismo que se resiste a conceder a otros pueblos los mismos derechos que a sus nacionales. En fin, imperialismo que sólo tiene como base el dominio material sobre otros pueblos y no la conciencia de una tarea común a todos los pueblos que lo forman.⁵¹

Ahora bien, ¿cuál es el espíritu que anima a este Imperio Cristiano en el cual soñaron los mejores hombres de la España del siglo XVIII? ¿Cuál es la esencia de la *Philosophia Christi* que les animó? Ya hemos anticipado algo; se quería unir, integrar, un mundo que amenazaba dividirse por obra de un nuevo descubrimiento: la libertad del individuo, la individualidad. Esta libertad e individualidad estaban poniendo en crisis los valores que hasta ayer habían hecho posible el sentido de comunidad medieval, la comunidad cristiana que abarcaba todo el orbe conocido, por encima de cualquier interés concreto de pueblos o príncipes. El grupo de hombres que decidió rehacer esta comunidad tenía clara conciencia del peligro que la amenazaba. “Los representantes de la Filosofía de Cristo —dice Joaquín Xirau— toman clara conciencia del abismo que se va a abrir ante el futuro de la civilización cristiana.”⁵² Para evitar este peligro era menester, antes que nada, una reforma. Pero una reforma que será la inversa de la realizada por los reformadores europeos. El triunfo de la reforma protestante significó la división de la Iglesia en multiplicidad de iglesias; en realidad cada individuo se transformó en una iglesia, si así puede decirse, al establecer la posibilidad de la relación directa entre Dios y cada uno de los fieles. De haber triunfado la reforma española, ésta se habría realizado dentro de la misma Iglesia, en forma tal que dentro de ella se hubiesen conciliado nuevamente todos los intereses, especialmente los del individualismo moderno ya conscientes. Desde este punto de vista la reforma española es una reforma católica, pues se empeña en mantener la comunidad dentro de Iglesia. Pero una Iglesia transformada, flexible, apta para asimilar los nuevos valores.⁵³ Por ello los seguidores de esta reforma se preocuparon por encontrar una fórmula que conciliase los valores cristianos con los modernos. “Ante esta situación —dice Xirau—, era preciso hallar una fórmula que, integrando las conquistas de la libertad, se moviera en el ámbito de las más antiguas tradiciones y otorgara a la Civilización cris-

⁵¹ Diversos estudios se hacen sobre los aspectos positivos y negativos de este Imperialismo como vehículo de la Cultura Occidental en la magnífica Revista *Comprendre*, núms. 13 y 14, Venecia, Italia, 1955. Número Dedicado a la “Commonwealth” Inglesa.

⁵² “Humanismo Español”, *Cuadernos Americanos*, enero-febrero 1952; pág. 141.

⁵³ Bataillon llama a este movimiento de Reforma. El mayor equívoco, dice, consiste en hacer de este término “un sinónimo anacrónico de Protestantismo, en ascribir a Contrarreforma todo lo vigoroso y nuevo del catolicismo después de 1517. Cuando lo que, entre 1517 y 1560, merece en rigor el nombre de Contrarreforma es una actitud negativa, hostil a toda reforma, tanto católica como protestante...” *op. cit.*, pág. XIV del Prólogo.

tiana, al par que salvara la continuidad de sus destinos, una amplitud tal que ya nada fuera imposible para ella.”⁵⁴ Se trataba de coordinar el mundo antiguo con el que nacía, la tradición con el progreso, la comunidad con la libertad del individuo. El espíritu cristiano no tenía por qué estar reñido con el espíritu práctico moderno. Se podía aspirar a la felicidad en el otro mundo, sin renunciar a la de éste. Ante la violenta elección que va a plantear el mundo moderno, los reformadores iberos, se niegan eligiendo por el contrario la totalidad sin menoscabo. Están contra un cristianismo estrecho, limitado, que ahogue las grandes posibilidades del hombre; pero también contra el humanismo individualista que culmina en el egoísmo anti-social y sin límites. La felicidad en el mundo podía ser también la felicidad en Cristo y viceversa.

Sin embargo, y esto es muy importante, en la idea que tienen los reformadores hispanos del príncipe o gobernante, se hace patente la supremacía de la comunidad sobre los individuos. El príncipe o gobernante es el encargado de velar por la felicidad de los individuos; pero en función con la comunidad de la cual es también responsable. Debe cuidar de la felicidad de los individuos, pero de uno u otro, de un grupo u otro, sino de todos. De su capacidad para este cuidado depende la unidad de la comunidad. Por ello el príncipe que olvida este fin se transforma en tirano y pierde su calidad de gobernante. “¿Qué es regir y gobernar los pueblos sino defenderlos, cuidarlos y tutelarlos como a hijos? —dice Luis Vives— ¿Y hay cosa más irracional que pretender tutelar a quienes no quieren tutela? ¿O tratar de atraerse a fuerza de daño a los que dices querer beneficiar? ¿O es que matar, destruir e incendiar, también es proteger? Ten cuidado, de que no se trasluzca que más bien que regir, lo que pretendes es dominar; que no es un reino lo que apetece sino una tiranía; que lo que quieres es tener más súbditos, no para que vivan felices, sino para que te teman y obedezcan sin discutir.”⁵⁵ El gobernante es defensa y tutela de los pueblos que Dios le ha encomendado. De él depende la felicidad de los mismos y, por ende, la permanencia de la comunidad. “Veamos, ¿tú no sabes que eres pastor y no señor, y que has de dar cuenta de estas ovejas al señor del ganado, que es Dios? —dice también Alfonso de Valdés—, mala señal es cuando el pastor quiere más ovejas de las que el Señor le quiere encomendar; señal es de que quiere aprovecharlas y que las quiere, no para gobernarlas, sino para ordeñarlas.” “El buen príncipe es imagen de Dios, como dice Plutarco, y el malo figura y ministro del Diablo. Si quieres ser tenido por buen príncipe, procura de ser muy semejante a Dios, no haciendo cosa que Él no haría.”⁵⁶ El buen príncipe cristiano no sólo mantiene intacta la comunidad cristiana sino que fácil-

⁵⁴ Xirau, *op. cit.*, pág. 141.

⁵⁵ Citado por Xirau en su “Humanismo Español”, pág. 140.

⁵⁶ *Diálogo de Mercurio y Caronte*. Clásicos Castellanos, Madrid, 1925; pág. 203. Ver interpretación de Bataillon en *op. cit.*, págs. 452 sigs. Cf. Juan A. Ortega y Medina, “La ‘Universitas Christiana’ y la disyuntiva imperial de la España del siglo xvi.” *Filosofía y Letras*, Núms. 51-52, Imprenta Universitaria, México, 1953.

mente la amplía, como el Polidoro del Diálogo de Valdés, cuyo buen gobierno hace que turcos y moriscos pidan su incorporación al mismo y acepten el bautismo y paguen el tributo que les corresponde sin fuerza. Un Príncipe tal podrá llevar el Cristianismo al mundo sin muertes de hombres y sin derramar sangre cristiana. Lo importante es, sin embargo, la relación que el gobernante guarda con Dios. En realidad es ante Él que responde de sus actos y no ante sus súbditos. El buen gobernante es el que se comporta con sus súbditos como se comportaría Dios. Es de Dios que recibe la iluminación que le permite actuar como si fuera Él. Por ello en esta relación no cabe hablar propiamente de un pacto semejante a la idea que sobre él mismo tienen las sociedades modernas. La autoridad del príncipe cristiano no depende tanto de un pacto o relación con sus gobernados, como de su relación con Dios. Si deja de servir a su comunidad y cae, esta caída depende más de la iluminación que ha perdido que de su relación con los gobernados. La pérdida de la iluminación puede conducir a su caída como gobernante. En estas ideas, dice Bataillon, nada hay parecido a la afirmación de una soberanía popular. Se trata de una forma de gobierno que puede ser autoritaria si así conviene al bienestar de los miembros de la comunidad. Ya hemos visto, se trata de un gobierno que debe anhelar la paz por todos los medios, su ampliación debe ser pacífica; pero esto no indica que se condene la guerra si ésta es necesaria. Valdés ha justificado la guerra hecha al Papa por el Emperador, por ser necesaria para mantener la comunidad cristiana puesta en peligro. Se trata de un gobierno templado por la virtud, dirigido por la gracia divina. Se trata, dice Bataillon, no de un Despotismo Ilustrado, sino de "realeza iluminada. El pacto que lo une a sus súbditos no es lo que funda su autoridad; ese pacto expresa, y no más, la reciprocidad necesaria de los buenos y de los malos procedimientos entre el príncipe y el pueblo. Lo cierto es que la autoridad se legítima por el bien del pueblo, y por él solo".⁵⁷ En realidad, el Despotismo Ilustrado que se hará patente más tarde en los pueblos iberoamericanos, tendrá más de esa "realeza iluminada" de que habla Bataillon. Los emancipadores iberoamericanos actuarán frente a sus pueblos dentro de ese sentido, iluminados ahora por otras fuerzas que sólo nominalmente se diferenciarán de las divinas; buscando el bienestar de sus pueblos, aun contra la voluntad de ellos; rigiéndolos y tutelándolos como hijos; protegiéndolos y cuidando de que fuesen libres, aunque para ello fuese a veces necesaria la fuerza. Fruto de este espíritu fueron las dictaduras liberales que surgieron en Iberoamérica una vez alcanzada la emancipación política en el siglo XIX. Por la libertad y el bienestar material de sus pueblos los grupos más progresistas impusieron a estos pueblos las instituciones políticas y educativas que consideraron más adecuadas para tales fines. "En lugar, en suma, de que se creara de golpe, como si dijéramos, un gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo —dice Daniel

⁵⁷ *op. cit.*, pág. 470.

Cosío Villegas—, se intentó crear simplemente un gobierno para el pueblo, es decir, hecho en su nombre y en su beneficio. A esa necesidad corresponden... en buen número de países latinoamericanos, los verdaderos gobiernos oligárquicos, ilustrados, benéficos, a los cuales se deben en realidad los progresos políticos iniciales, aun cuando hoy la demagogia haya logrado hacer un estigma de la idea y de la palabra oligarquía.”⁵⁸

6. Fracaso y prolongación de una idea

La presión interna y la externa, acabarán por hacer fracasar el movimiento de reforma católico ibero. La otra cara del espíritu ibero se impondrá, al final, sobre el espíritu conciliatorio. Al mismo tiempo, el individualismo moderno acabará triunfando sobre el espíritu de comunidad cristiano en Europa, expulsando a los últimos defensores de este espíritu. “Cada vez que España—dice Marcel Bataillon—, ávida de renovación espiritual, se abre a una influencia extranjera, esta tierra *inconquistable* delega a uno o a varios de sus hijos para decir ‘no’ al invasor.”⁵⁹ En este caso la influencia extranjera estaba representada por el “erasmismo” que había servido a las mejores mentes hispanas de instrumento y justificación en su afán por reforzar y extender la cristiandad. Al espíritu de conciliación propio de los reformadores erasmistas, se opondrá un espíritu más limitado, localista, escolástico, orgulloso de lo que España representaba por sí misma como defensora del cristianismo en todos los terrenos. Este espíritu no estaba dispuesto a aceptar componendas, acuerdos, comprensiones. Espíritu más dispuesto a obligar que a convencer. Era ese mismo espíritu español que había hecho de la Inquisición un instrumento para salvar las almas aun a costa de la destrucción de los cuerpos. Este espíritu empieza a hacerse patente en las críticas del pedante y presuntuoso crítico de Erasmo en España, Diego López de Zúñiga, empeñado en demostrar sus herejías; para culminar en la persecución, tormento, prisión y muerte de muchos de los más destacados erasmistas hispanos al finalizar el Imperio de Carlos V y al comenzar el de su hijo Felipe.

La nueva actitud intransigente será, a su vez, estimulada por el fracaso de Carlos en los esfuerzos que ha realizado para imponer la concordia en una Europa cada vez más dividida, y los que ha realizado por unir a esta Europa bajo el signo de la cruzada que la cristiandad unida debería llevar contra el turco. Mientras España se empeñaba en esta unidad surgían en Europa los nacionalismos modernos. Francia, Inglaterra, los Principados alemanes y las ciudades italianas estaban más preocupados por defender sus intereses que por la unidad europea. Las alianzas, pactos y guerras preventivas, les interesaban más que una cruzada en la que no veían provecho alguno. Pronto, los

⁵⁸ “La República Restaurada.” *Historia Moderna de México*, Editorial Hermes, México-Buenos Aires, 1955.

⁵⁹ M. Bataillon, *op. cit.*, tomo I, pág. 107.

más audaces de estos nacionalismos llevarían al resto del mundo un nuevo tipo de cruzada en la que nada contaría la religión ni el espíritu. Estos mismos nacionalismos empezaron por expulsar de sus tierras a los molestos hispanos que seguían siendo vistos como extraños. Por otro lado, la intransigencia de Roma y la soberbia individualista de la reforma nacida en Wittenberg hicieron imposible el arreglo anhelado por España. Carlos no se atrevió a seguir el consejo de los erasmistas de su corte reduciendo al Papa al papel de conductor espiritual y obligando a éste y a Lutero a un arreglo que pusiese fin a la división. “La misión providencial de Carlos V se resolvía en un espejismo —dice Bataillon—. El Saco de Roma no había señalado el comienzo de una era nueva.”⁶⁰ Lutero pone fin al sueño rebelándose con la complicidad de los príncipes alemanes. España decide realizar por la fuerza lo que no ha podido realizar con la concordia. Cree ser fiel a su misión persiguiendo al hereje en donde quiera se pueda encontrar. Pero con esto pone punto final a la misma. España se convierte en “lo otro”, lo distinto, lo ajeno a una Europa y un Mundo que nacían. El testamento de Carlos a su hijo Felipe II, pidiéndole que “acabe con los herejes” es el documento de defunción del Imperio Cristiano que quiso realizar España. Al esfuerzo por conciliar todos los espíritus, sigue ahora el esfuerzo por imponer un solo espíritu, una sola verdad. Para ello fue menester barrer con toda conciencia libre, con todo espíritu que pudiese significar el error y con él, la posible discordia. “En el interior de España —dice Xirau— van a desaparecer gradualmente todas las diferencias ideológicas y, con ellas, las fisonomías personales de las regiones y de las naciones. El mundo entero quedaba reducido a la unidad de un pensamiento *católico*, cierto e indubitable.”⁶¹ La conciencia española se va trocando en fanática y persecutoria, orillándose más y más hacia la solución violenta que ya se hacía patente en Cisneros, para culminar con el reinado de los Felipes. Con ellos, dice Juan A. Ortega y Medina, “la espiritualidad española se anquilosa y sólo responde con violencia a todo estímulo; . . . para los españoles no habrá otra solución que la de cerrar contra los desidentes e infieles sin dar ni pedir cuartel; guerra total, a ultranza”.⁶² Tal espíritu lejos de ser un instrumento de unificación en la nueva Europa, acabó por significar lo anti-europeo, lo anti-occidental. El sentido católico, por el cual creía luchar España, se angostó y dejó de ser tal al perder su universalidad, para convertirse en romanismo, papismo, esto es, una religión más entre las ya diversas religiones, una iglesia entre iglesias. Frente a Luteranos, Calvinistas y Anglicanos, los españoles no iban a ser sino Papistas. Pero lo que era más grave, dentro de esta denominación, resultaban ser más papistas que el Papa. Roma misma, dentro de la nueva situación del mundo, no estaba dispuesta a dejarse dirigir por lo que España consideraba era el buen camino. El Papa seguía

⁶⁰ *op. cit.*, tomo I, pág. 449. -

⁶¹ *op. cit.*, pág. 151.

⁶² “La ‘Universitas Christiana’ . . .”, pág. 181.

actuando más como representante de una potencia terrenal que espiritual. Por ello no tuvo empacho en condenar a la misma política española y excomulgar al hijo del defensor de la Cristiandad, al defensor de la Iglesia, al paladín del Catolicismo, Felipe II.

Como pueblo, España no será tampoco vista como el pueblo elegido para establecer la comunidad cristiana, sino como un pueblo entre pueblos, como una nación más. Su empeño, como peculiaridades propias de este pueblo, como signo nacional. Convertido en nación, a pesar suyo, el Imperio Español, fue dejando de ser una nación de primera potencia para terminar convirtiéndose en una más de esas naciones que servían de peones en el juego de equilibrios a que jugaban las naciones convertidas en potencias europeas. Estas potencias habían acorralado a España hasta convertirla en instrumento al servicio de las más hábiles de ellas. En cuanto a su Imperio de ultramar, también le será disputado por las mismas potencias en nombre de todas las libertades, como lo hará Inglaterra en nombre de la libertad de los mares. Como nación, propiamente dicha en un sentido moderno, España —y por supuesto también Portugal— nada tenía de tal. El espíritu que había hecho de Francia, Inglaterra y Holanda naciones, era ajeno a España. La capacidad comercial e industrial de estas naciones tenía un carácter, más que secundario, en España. Portugal, más hábil en su capacidad comercial, pudo sostener la competencia que le hacía el Occidente en Asia. España no, prefirió permanecer dentro de los moldes que consideraba propios. No pudo crear una burguesía activa y emprendedora semejante a las que se formaron en el resto de Europa; por el contrario, persiguió a los grupos que, como los “marranos”, emigraron a Holanda realizando en ella la labor que pudieron realizar en la Península. España, en lugar de descansar sobre una burguesía activa, descansó sobre una nobleza pobre, sólo apta para la guerra y la conquista en sus mejores momentos. Ahora una nobleza que no hacía sino vivir del recuerdo de las hazañas realizadas por sus padres y la esperanza de que algún día volvería el imperio. Nobles e Hidalgos que consideraban una afrenta el trabajo mecánico. Hombres que se conformaban con un trozo de buena tierra que pudiese dar los frutos necesarios para el cotidiano vivir. Nada más, sin un mañana por resolver. Vivir al día, a la “voluntad de Dios”. Sin ese afán de acumulación moderno.

Estos mismos hombres, venidos a la América, para extender las fronteras de cristiandad, habían encontrado en ella a otros pueblos, a otros grupos de hombres, que bien podían resolverles el problema de tener que trabajar las tierras. En el Nuevo Mundo había, no sólo ricas tierras, sino también brazos que las trabajasen. El mismo espíritu limitado de la España que había renunciado al Imperio Cristiano, se hizo patente en la América por ella conquistada y sometida. Sin embargo, al lado de este espíritu surgió también el espíritu de la otra España que consideraba su misión ampliar las fronteras de la cristiandad para que en ella entrasen nuevos pueblos. Frente al aven-

turero codicioso y egoísta, surgió el evangelizador. Los evangelizadores vieron algo más que el oro; las tierras y los esclavos por explotar, vieron hombres. Y con la presencia de estos hombres, tan diversos en sus costumbres y hábitos de los europeos, se hizo también patente la misión del mundo Ibérico. La Providencia les había puesto en su camino a estos pueblos para que los incorporasen a su seno. Todo un Continente, miles de pueblos y millones de hombres, habían estado, ¿quién sabe por qué tanto tiempo? fuera de la mano de Dios y en las garras de Satanás. Pero he aquí que un buen día estos pueblos y sus hombres eran puestos al alcance de los cristianos iberos. Su destino era claro, tanto el de unos como el de los otros. A los americanos se les abría la oportunidad de entrar en la comunidad cristiana, a los iberos el de ampliar esta comunidad.⁶³ Dios había descubierto estos pueblos a España, pero no para su explotación, sino para su incorporación. Dios no daba a los hispanos esclavos, sino pupilos.

La pugna entre los que buscan esclavos y los que los consideran como pupilos, se abre con la polémica sobre la naturaleza de los indígenas. Los indígenas, ¿eran hombres?, ¿eran bestias o se les podía considerar como si fueran tales? La polémica terminará con el triunfo de los que veían en ello hombres y no bestias. Triunfo moral que sólo difícilmente adquiriría sentido práctico; pero el único triunfo que hizo el que las grandes masas de indígenas descubiertos fuesen incorporados a la comunidad cristiana con todos sus derechos, aunque éstos en la realidad no le fuesen regateados.⁶⁴ Con Sahagún, Las Casas, Gamarra, Vasco de Quiroga y otros muchos en toda la América Ibero se va realizando el ideal que había fracasado en Europa. Estos hombres se abren, se hacen todo comprensión, para entender las costumbres tan diversas a las suyas de los pueblos que van siendo cristianizados. No tratan de imponer su verdad, su fe, sino de hacer que sea comprendida a través de esas costumbres y hábitos que parecían tan ajenos al cristianismo. Sahagún, más que ver diferencias, encuentra semejanzas y, con ellas, vías de fácil acceso al cristianismo. A diferencia de lo que va a ser el intento de evangelización puritana, la evangelización católica da por supuesta la capacidad de los indígenas para el cristianismo y los incorpora sin traba alguna.⁶⁵ Si estos se alejan, no consideran su alejamiento como un signo de que están dejados de la mano de Dios, sino como un signo de la incapacidad del evangelizador para hacerlos comprender. Así, en lugar de abandonar al que no comprende, se valen de todos los medios para hacerse comprender, empezando por comprenderlos. De allí esa preocupación por conocer la cultura indígena, por parte de los evangelizadores en la América Ibero. Querían comprender, para ha-

⁶³ Cf. Luis Villoro, *Los grandes momentos del indigenismo en México*, El Colegio de México, México, 1950.

⁶⁴ Cf. Lewis Hanke, *La lucha por la justicia en la conquista de América*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1949.

⁶⁵ Cf. mi ensayo "El Puritanismo en la conciencia norteamericana", *Diánoia*, 1955 y A. Ortega y Medina, *El horizonte de la evangelización anglosajona en Norteamérica*.

cerse comprender y, por supuesto, lo lograron, aunque para ello hubo muchas veces necesidad de reformar el armazón del catolicismo, sus formas y fórmulas de expresión. Por encima de la letra estaba siempre la finalidad de incorporación de estos hombres, la ampliación de las fronteras de la Cristianidad. La reforma católica, soñada por los erasmistas, se convertía en una realidad en América. La polémica a favor de la naturaleza humana de los indígenas, fue también un triunfo de ese espíritu de conciliación y amplitud fracasado en Europa. "Para quienes viven en el Nuevo Mundo —dice Lewis Hanke— será siempre una fuente de honda satisfacción que esta batalla por la dignidad humana se diese en suelo americano."⁶⁶ El mismo espíritu, el de un Imperio Cristiano situado por encima de todas las limitaciones individuales y naciones, por encima de todos los intereses de éstos, se hace patente en las *Relecciones de Indis*, de Francisco de Vitoria que viene a ser como dice Antonio Gómez Robledo "nuestra primera Carta continental de independencia". La Conquista no da a España ningún derecho sobre este Continente. Vitoria, "no puede admitir que el Imperio comprenda de derecho el nuevo mundo descubierto, ni que por derecho, tampoco corresponda a su soberano". "Contra éste y en favor de aquéllos, de los americanos, dejan caer su sentencia acuñada en el duro y claro perfil de la forma latina: *Imperator nos est dominus totius orbis*."⁶⁷ Por encima de los intereses de su señor estaban los intereses de la justicia, única base de un auténtico Imperio Cristiano, más allá de los imperios nacionalistas apoyados en los intereses concretos de los mismos, esos intereses que son fuente de injusticias.

En adelante, tanto en la Península Ibérica como en América, la pugna entre el viejo espíritu provinciano y estrecho y el espíritu reformista y conciliador se hará patente en diversas etapas de su historia. Lucha aún más difícil para los partidarios de la conciliación y reforma porque, además, tendrán que enfrentarse a los intereses de las naciones modernas, las potencias que surgieron con la Modernidad, en tanto que éstas no quieren ver en el Mundo Ibero otra cosa que un instrumento al servicio de sus intereses. Inglaterra y Francia, en el Continente Europeo, harán de España y Portugal simples peones al servicio de sus intereses, buscando alianza en los representantes del espíritu estrecho y limitado en esos pueblos. En la América, serán los Estados Unidos del Norte, los encargados de jugar un papel semejante frente a los países iberoamericanos. En España, el espíritu conciliador se hace patente en varias ocasiones poco tiempo antes de que se inicie el movimiento de independencia de las Repúblicas Hispanoamericanas en el siglo XIX. Frente a la amenaza que se siente sobre España de que se disuelva el Imperio, no

⁶⁶ *op. cit.*, pág. 21.

⁶⁷ Cf. Antonio Gómez Robledo, *Política de Vitoria*, Imprenta Universitaria, México, 1940. Sobre el erasmismo en México véase apéndice de Marcel Bataillon "Erasmus y el Nuevo Mundo", en *op. cit.*—J. Almoína, *Rumbos heterodoxos de México*, Ciudad Trujillo, 1947.

faltan voces pidiendo, nuevamente una reforma mediante la cual se puedan conciliar los intereses del Imperio con los de sus miembros. Se piensa, a fines del xviii, en un Imperio anudado por la voluntad común de un programa a realizar por todos sus miembros. Se prevee ya lo que podrán llegar a ser naciones poderosas como los Estados Unidos de Norteamérica y lo que para ellas vendrán a representar los pueblos unidos por España en América si esta unión se disuelve y en su lugar surgen repúblicas débiles, hostiles las unas frente a las otras. Por una reforma pugnan voces como la de Campomanes y el Conde de Arana. En un *Memorial*, atribuído al segundo se habla de la necesidad de un cambio de política de la Metrópoli frente a sus colonias. En este mismo *Memorial* se prevee también lo que podrán llegar a ser los Estados Unidos, el país en cuya independencia han colaborado España y Francia. El ejemplo de este país, se dice, hará que las colonias hispanoamericanas sientan estimuladas sus aspiraciones de renovación política, social y económica. De aquí la necesidad del cambio de política española, España debe ver en sus colonias hijas y no hijastras. Sólo la comunidad de destinos y de fines podrá salvar la Unidad del Imperio. Éste podrá permanecer si hace que sus intereses sean comunes a los de sus colonias. Allá en Norteamérica, pronto se mostrará lo que puede lograr la comunidad de intereses. Las trece colonias libertadas por Washington mostrarán cómo la comunidad de intereses hace la grandeza de los pueblos. “Esta República —la Norteamericana recién surgida— ha nacido por así decirlo, pigmea, y ha necesitado del auxilio y apoyo nada menos que de dos estados tan poderosos como Francia y España para conquistar su independencia; pero vendrá un día en que ella será gigante, un verdadero coloso temible en aquellas comarcas, y entonces olvidando los beneficios que ha recibido sólo pensará en su propio interés y crecimiento.”⁶⁸ De ahí la necesidad de un cambio de política en lo que se refiere a las Colonias hispanas, dice el *Memorial*; España puede anticiparse a las demandas de libertad; el liberalismo, bandera de los pueblos modernos, podrá conciliarse con el espíritu español manteniendo la unidad del Imperio. La Autonomía y Federación de los pueblos hispanos impedirá la disolución del Imperio.

Este mismo espíritu se hará sentir en los precursores intelectuales y en los realizadores materiales de la Independencia de las naciones hispanoamericanas. En los primeros se hace patente en el eclecticismo de su filosofía. Son hombres que saben se puede conciliar la idea de libertad con la pertenencia a un Imperio; Dios, la religión no está reñido con la idea de libertad. Precursores como Gamarra, Varela y otros muchos en toda la América Hispana, concilian su fe con sus ideas de libertad. Quieren la libertad de sus pueblos, pero sin renunciar a su religión ni a su pasado hispano. En cuanto a los realizadores de la emancipación política de Hispanoamérica, sabido es el

⁶⁸ Arthur P. Whitaker en su *Latin America and the Enlightenment*, New York, 1942, considera apócrifo este *Memorial*, sin embargo, este espíritu se hace patente en varios de los ilustrados gobernantes, tanto en España como en América, a fines del siglo xviii.

conjunto de esfuerzos que éstos realizaron antes de decidirse a romper con España. En cada uno de los países de esta América, el grito de Independencia se inició en nombre del prisionero rey de España, Fernando VII, que se encontraba en manos de los franceses invasores de la Península en 1810. Se pedía, simple y puramente, autonomía, no independencia. En casi todos los países que proclamaron su emancipación, se ofreció el trono al mismo Fernando o a quien éste designase. Pero frente a este espíritu de conciliación habrá de poder más el espíritu estrecho, el anhelo de imponer por la violencia algo que se pudo lograr con el espíritu de conciliación. En este aspecto corrió más suerte el Imperio Portugués en América. El rey Juan VI, huyendo, también, de los franceses, se refugia en Brasil y concede a su nueva Metrópoli los derechos que en vano había reclamado Hispanoamérica a su rey, decretando la Constitución del Reino Unido de Portugal, el Brasil y los Algarbes; estimula la cultura y al regresar a Portugal nombra regente a su hijo Pedro, preparando el camino para la independencia pacífica del Brasil que se convierte en un Imperio quedando como primer emperador el regente Pedro, que toma el nombre de Pedro I del Brasil.

En adelante la pugna contra el viejo espíritu de limitación hispano, tomará fuertes perfiles, como lo indicará la lucha que realiza la generación empeñada en cada uno de estos países por emancipar mentalmente a sus pueblos de los hábitos y costumbres heredadas de España y su afán por imponerles otros más en concordancia con el mundo Moderno. En esta lucha se quiere renunciar, casi en bloque, a todo lo que representa España. Sin embargo, en la misma Metrópoli de lo que fuera el Imperio Español, la pugna ha continuado también. También allí diversas mentes hispanas continúan luchando por emanciparse del espíritu negativo español para afirmar el conciliador. También allí continúa la lucha por establecer una reforma sin renunciar por ello los mejores valores el mundo Ibérico. "El movimiento iniciado en el siglo XVIII en España y en América española se presenta, pues —dice José Gaos—, como un movimiento único, de independencia espiritual y política." Hispanoamérica es la primera en lograr esta emancipación, primero las naciones continentales, luego las insulares como Cuba. "España es la última colonia de sí misma que de sí misma, la única nación hispano-americana que del común pasado imperial, queda por hacerse independiente, no sólo espiritual, sino también políticamente."⁶⁹ A veces esta unidad de intereses e ideales se ha hecho patente, otras no. Varios liberales españoles se dieron cuenta de la razón por la cual se luchaba y pedía la independencia en América y se unieron a ella como un Mina. Otras veces, el mismo liberalismo español, fue hostil a las demandas de libertad como las pedidas varias veces por Cuba que fuera la última de las colonias por emanciparse. Unas veces se tuvo conciencia de que esa guerra era una guerra civil, otras sólo se

⁶⁹ *Pensamiento de Lengua Española. El Pensamiento Hispano-americano. Notas para una interpretación Histórico-Filosófica*, Edit. Stylo, México, 1945; pág. 28.

vio en ella una guerra entre naciones: una empeñada en mantener su dominio y otras en romperlo. “Muchos de los españoles residentes en la América española, e incluso algunos de los residentes en España —agrega Gaos—, comprendieron, simplemente con mayor o menor sagacidad histórica, la solidaridad de una nueva España con la conversión de las colonias en naciones. En cambio, no comprendió la suya con esta conversión la primera República española. Más clarividentes y generosas que ésta, los representantes, los constituyentes de la nueva Hispano-América en América, muy en primer término México, han comprendido la suya con la Segunda República española, ayudándola combatiente y acogiéndola derrotada y desterrada, reemplazando un antihispanismo que seguía siendo reacción contra la vieja España por un hispanismo que promete ser percepción definitiva de la nueva y adopción relativamente a España de una actitud pareja a la adoptada por las naciones hispano-americanas que se habían hecho ya independientes...”⁷⁰ Solidaridad, relación entre las naciones hispanoamericanas que podría llegar a ser en el futuro el anhelado ideal de un “Imperialismo universal de nuevo estilo”. Un estilo diverso al establecido por el Mundo Occidental sobre los países no occidentales, o del que brutalmente tratará de establecer Alemania.

Los mismos emancipadores mentales de la América Hispana en el siglo XIX, tuvieron conciencia de que no toda la herencia ibera debía ser renunciada. Algo, mucho, había de ella que debía mantenerse. Muchas de esas peculiaridades que en algunos aspectos parecían negativas, habían originado actitudes históricas más valiosas aunque las que se habían originado en el Mundo Moderno. De ellas hablará el chileno Francisco Bilbao al decir: Mucho es lo que tenemos que aprender de países tan grandes y poderosos como los Estados Unidos, sin embargo, nosotros, en medio de nuestras flaquezas hemos mostrado una fortaleza de espíritu no menos admirable. Nosotros no lo heredamos todo como los Estados Unidos, sin embargo, a pesar de nuestra herencia negativa, “hubo luz en las entrañas del dolor, y rompimos la piedra sepulcral...” Después “hemos tenido que organizarlo todo. Hemos tenido que organizarlo todo en las entrañas de la educación teocrática”. Pero a pesar de ello, a pesar de las dificultades, “hemos hecho desaparecer la esclavitud de todas las repúblicas, y vosotros los felices y los ricos no lo habéis hecho; hemos incorporado e incorporamos a las razas primitivas..., porque las creemos nuestra sangre y nuestra carne y vosotros las extermináis jesuíticamente”. Nosotros “no vemos en la tierra, ni en los goces de la tierra, el fin definitivo del hombre; el negro, el indio, el desheredado, el infeliz, el débil, encuentra en nosotros el respeto que se debe al título y la dignidad del ser humano”. “He aquí —concluye diciendo— lo que los republicanos de la América del Sur se atreven a colocar en la balanza, al lado del orgullo, de las riquezas y del poder de la América del Norte.”⁷¹ Son estas peculiaridades,

⁷⁰ J. Gaos, *op. cit.*, pág. 29.

⁷¹ *El evangelio americano*, Buenos Aires, 1864.

podríamos agregar nosotros, las que podremos aportar frente a los errores en que ha caído el Mundo Occidental, y lo que podremos sumar a sus incuestionables valores dentro de una comunidad más amplia que los estrechos nacionalismos modernos o localismos antiguos.

LEOPOLDO ZEA